



**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Relecturas

El cuerpo de Eva Perón*

Hugo Vezzetti

I

La mitología establecida sobre la vida pública y la acción política de Eva Perón se ha visto ampliada, recientemente, con la incorporación de un capítulo inquietante referido a las ominosas aventuras de su cadáver: el despliegue de un fantasma siniestro sobre un cuerpo que vence a la muerte investido de poderes extraordinarios. *Santa Evita* de Tomás Eloy Martínez ha establecido y exaltado ese mito en un relato extraño, en el que los testimonios y las precisiones documentales sirven sobre todo como pantalla de proyección de las obsesiones del narrador, protagonista y sufrida víctima de una historia que se le impone por las vías más misteriosas. Como era de esperar, un tema que se toca con eso que Freud llamó la “universal inclinación hacia la credulidad y la milagrería” ha quedado instalado y ha sido tratado diversamente por el periodismo y la televisión.

Es claro que esa peripecia única excede el imaginario del peronismo (y del antiperonismo), tan cierto como que un análisis que busque interrogar ese mito exige separarse de los efectos de fascinación propios de todo retorno al universo primario de la magia. Y en la medida en que el horizonte histórico de ese relato fantástico quede suprimido, lo que emerge es una derivación

* Publicado originalmente *Punto de Vista*, n° 58 (agosto 1997): 3-8. Reproducido con autorización de Hugo Vezzetti.

adicional, ahora mediática, del fantasma siniestro, sostenido en un núcleo de creencias animistas, en el que los poderes de los muertos se amplifican por las representaciones originarias de la omnipotencia materna.

De modo que si en la tragedia de ese cuerpo se condensa una densidad histórica que lo atraviesa, no es la vía de una Epifanía de sus poderes —benéficos o satánicos— la que puede entregarnos algún secreto que, finalmente, responda a una interrogación fundamental: la relación que en la sociedad argentina se ha ido constituyendo entre la política y la muerte. Y aunque dudo anticipadamente de las respuestas que hoy puedan ensayarse (y sólo intento demarcar una problemática), es seguro que tal búsqueda debería quedar bien alejada de los relatos de misterios y perversión sobre un cadáver que escapa de cualquier encierro para recibir la ofrenda de sus fieles mientras ejerce su maldición (en este caso de lujuria y de locura) y su implacable venganza contra los que quieren separarla de su pueblo. En todo caso, si se trata de reconectar ese relato macabro con la Evita viviente, ni el fervor religioso hacia la Santa, por parte de sus seguidores, ni las imágenes de lujuria y seducción perversa de la Cortesana que enloquecía a los hombres, en las representaciones antiperonistas, dejaron de formar parte de la leyenda que la acompañó en vida.

II

La entera cultura funeraria ha establecido las condiciones de un trato con los muertos que, a la vez que sanciona una estricta separación con el *cuerpo* de los difuntos, instituye diversos canales de comunicación y rememoración que los evoca en su *espíritu*. Si se quiere situar un orden de experiencia en el cual se ha construido culturalmente la existencia de un alma incorruptible separada de un cuerpo destinado a convertirse en polvo, hay que buscarlo en ese territorio ambiguo, conflictivo, limítrofe, el que los vivos tributan a sus muertos significativas evocaciones cargadas de anhelos y de deudas. Pero lo hacen “en ausencia” de todo contacto con los cuerpos, que han sido objeto de toda clase de interdicciones. Sin embargo, en el siglo XX, en circunstancias históricas muy especiales, algunos cuerpos públicos, revestidos de una sacralidad investida desde el designio político, fueron elegidos para vencer la destrucción material. Lenin, entre otros líderes del comunismo triunfante, y Eva Perón compartieron esa suerte: en esos cuerpos sustraídos al deterioro terrenal, regímenes políticos tan distintos (ideológicamente opuestos) encarnaron el fantas-

ma de su propia eternidad. De no medir la derrota sufrida, seguramente los cuerpos de Mussolini y de Hitler se habrían agregado a la lista de los elegidos. Y de haber muerto Perón en el ejercicio de su primer mandato quizá su cadáver habría sufrido igual suerte.

Frente a esta operación sobre los cuerpos que busca renegar de la implacable acción de la muerte, surge fácilmente la asociación con los análisis conocidos acerca del cuerpo del soberano en la monarquía y sus mutaciones en el tránsito a la democracia. En una investigación ya clásica, Ernst Kantorowicz mostró el fundamento teológico que, en el imaginario de la monarquía, plasmó la ficción jurídica de los “dos cuerpos del Rey”. En ella se exaltaba, por encima del cuerpo mortal, el fantasma de “otro” cuerpo, que no puede morir porque sostiene en su integridad la continuidad del absolutismo, en tanto “cuerpo político” que es intangible y a la vez está encarnado en el soberano. Por su parte, Claude Lefort, en su teoría de la democracia, incorporó a esa problemática una lectura original de la matriz conceptual freudiana sobre el Edipo y el narcisismo en la constitución subjetiva. Si el mito del parricidio estaba, para Freud, en el origen de la religión monoteísta y por lo tanto de la exaltación unificante y retroactiva del muerto al lugar de un “padre eterno”, Lefort introduce en esa problemática una flexión innovadora. En efecto, al proponer la “invención democrática” como la liquidación de esa identidad mística del cuerpo político con el cuerpo del rey, y el surgimiento de un “lugar vacío”, un poder indeterminado, ejercido, en todo caso, por sujetos decididamente humanos y mortales, viene a caracterizar el horizonte y el perfil de la política moderna como el exacto negativo de la religión del padre. La tentación monoteísta (como un fantasma inconsciente de la política) retorna, en todo caso, en el totalitarismo, renegación de la fragmentación constitutiva de la sociedad por el retorno a la representación del “pueblo-uno”, es decir, reconstitución del cuerpo social que se encarna en el líder. Pero, a diferencia del cuerpo desdoblado del rey (que es visible/invisible, mortal/inmortal), en el cuerpo único del autócrata, reencarnación de la unidad fusional del poder con la sociedad, no hay separación sino coincidencia consigo mismo, y la mortalidad del líder, en las condiciones propias de la imaginación política del totalitarismo, no puede separarse del fantasma de despedazamiento del cuerpo social¹.

1 Ernst Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval* (Madrid: Alianza, 1985); Claude Lefort, *La invención democrática* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1990), especialmente “Stalin y el stalinismo”, “La imagen del cuerpo y el totalitarismo” y “Democracia y advenimiento de un ‘lugar vacío’”. Ver también Jorge Belinsky, “Los dos cuerpos del padre: sobre la posible existencia de un mito moderno”, *Punto de Vista*, n° 56 (diciembre 1996).

El análisis de Lefort aporta, entonces, un punto de vista difícil de eludir en ese destino contra natura recaído sobre algunos cadáveres, el de Eva Perón entre ellos. En efecto, lo primero que salta a la vista es que el expediente del embalsamamiento de los líderes fallecidos —destinados a la contemplación pública de su pueblo y a la vez encarnación icónica de la continuidad y la legitimidad de los sucesores— es ajeno a las tradiciones institucionales del liberalismo tanto como de la izquierda democrática, más apegadas, en principio a los límites de la alternancia y la provisionalidad en el ejercicio del poder. Sería fácil, en ese sentido, incorporar alguna de las flexiones del análisis de Lefort como argumentos adicionales a las tesis conocidas sobre los núcleos totalitarios del peronismo. No es ése el camino que quiero explorar.

III

En la serie de los cuerpos preservados más allá de la muerte, Eva Perón, a diferencia de Lenin, no ocupaba en el momento de su muerte —ni lo había hecho antes— la cúspide del liderazgo; su posición de poder estaba, en ese sentido, subordinada a la del general Perón, jefe absoluto en la estructuración vertical que regía a la vez el movimiento y la dirección del estado. De modo que en su caso no puede dejar de considerarse que en ese cuerpo elegido algo se añadía a la significación de lo que Evita había sido en vida en su acción política y en la asistencia a los humildes, algo que necesariamente involucra las representaciones de la *pareja pública* que conformaba con el Líder. En verdad, hay sobrados elementos de juicio que indican que la cuota de poder real de Eva Perón en la cúspide estaba enteramente subordinada a la autoridad del General. Sus discursos y sus escritos, por ejemplo, nunca dejan de referirse a un único líder y, en el mismo momento en que lo exalta como uno de los grandes genios de la humanidad, agrega: “después de Perón todos somos iguales”². El propio General no sólo se mostró siempre seguro de la estricta subordinación de su esposa, sino que expresó más de una vez que él había, propiamente, construido a Evita. Pero es cierto que Perón tendía a una representación del poder poco apegada a las complicaciones institucionales y fusionada con su propia persona y sus prolongaciones maritales: algo que quedó nuevamente en evidencia en su nuevo turno de gobierno, en 1973, con

2 Eva Perón, *Historia del peronismo* (Buenos Aires, Ediciones CS, 1995), 67.

la inclusión de su segunda esposa en la fórmula presidencial y las consecuencias posteriores de su muerte.

No son los fantasmas políticos de Perón, ni su creencia en la propia inmortalidad, lo que querría interrogar, sino el cambio sobrevenido, a posteriori, sobre la representación de los atributos de poder en esa pareja soberana: el mito de Eva ha opacado decididamente la figura originariamente central del general Perón. En efecto, de Martínez Estrada a Marie Langer, desde la Evita de Hollywood hasta el revitalizado sentido común montonero, más aún, como un ingrediente central y difícilmente rectificable del mito, “esa mujer” viene constituyéndose en la figura fuerte y eje de poder en las significaciones retrospectivas recaídas sobre la era peronista. Su muerte, que pudo pensarse como la incorporación de una bandera y un monumento destinados a reforzar la eternidad de ese régimen, vino a quedar de tal modo asociada a la caída de Perón que se la narra habitualmente como un antecedente inmediato del derrocamiento, pese a que transcurrieron más de tres años entre uno y otro acontecimiento. De modo que los poderes de la Evita mítica (y las aventuras épicas desatadas en su nombre) se acrecentaron en la derrota y, en todo caso, en la resistencia. Y las peripecias siniestras del cadáver no son pensables fuera de ese conjunto de representaciones.

IV

Hay narraciones del destino trágico de ese cuerpo que han acentuado el argumento conspirativo: una Santa objeto de vejación por parte de una oposición intrínsecamente malvada dominada por el odio y la revancha. Las explicaciones antiperonistas se concentraron en el papel de Perón y en su capacidad inescrupulosa de cálculo político extendida a las operaciones sobre el cadáver. Querría adoptar otro punto de partida: las decisiones sobre su cuerpo, destinado a durar para siempre, no pueden separarse del tratamiento de su imagen en vida y del lugar que ocupaba Evita en esa puesta en escena muy reiterada de la pareja presidencial, que se ofrecía como una síntesis del estado y el pueblo, la cabeza y el corazón, en fin, el poder crudo y el amor a los desheredados. A partir de ello, querría interrogar el destino de ese cadáver y lo que su muerte vino a significar como fragmentación de esa pareja *total* que “ponía en escena”, si se quiere, la síntesis de eso que Lefort llamó el “pueblo-uno”.

Más allá de los resultados, es posible postular que el repudio a un fantasma de despedazamiento, encarnado en el destino mortal de ese cuerpo, habría estado en el origen de la insólita decisión de someterlo a las artes del embalsamador: preservado en su belleza y su juventud, destinado a la veneración del altar y proyectado como motivo de un monumento grandioso (que iba a ser el más alto del mundo), vendría a mostrar materialmente —antes que a simbolizar— la fuerza y la perdurabilidad de un régimen y de un liderazgo que se situaban así más allá de la muerte. Pero si esto es así, tanto los agravios sufridos como las misteriosas aventuras del cadáver no pueden ser separados de ese lugar imposible que estuvo destinado a llenar y que, sin duda, configura un caso único (y, esperemos, irrepetible) en la historia argentina.

Ya en las historias y las leyendas sobre la vida de Evita las imágenes dominaban a las palabras. Y es claro que con esto no estoy negando ni los hechos ni las realizaciones en favor de los desposeídos, simplemente me concentro en las representaciones más extendidas de Eva Perón asistiendo interminablemente a su pueblo. En el mismo sentido, hoy asistimos a una exaltación de su memoria que recurre a la iconografía y a las imágenes y elude cuidadosamente cualquier juicio sobre su obra escrita, pese a la posición única de *La razón de mi vida* como un catecismo moral y político destinado a una conversión unificadora de la sociedad. Puede decirse que ese mismo relieve del cuerpo, de la juventud y la belleza, que dominó las representaciones de la Evita viviente, estuvo presente en las decisiones sobre su cadáver. En efecto, se buscó sostener el anhelo de impedir que fuera olvidada (que está presente en todo duelo), no en las inseguridades de la memoria ni en la perduración de las ideas sino en la materialidad de un cuerpo retirado del tiempo de los mortales.

El destino que se había previsto (cuerpo exhibido permanentemente y monumento grandioso) se ajustaba bien, hacia atrás, a las “estaciones” de su viaje hacia la inmortalidad y completaba la leyenda: salida del barro como uno más de los desheredados, encumbrada por su propia fuerza, seductora del Príncipe y complemento necesario de su poder (al que completaba con el lugar materno del sacrificio y el don), puro impulso amoroso que consumió su vida en la dedicación a la causa de los pobres, en fin, mártir agraviada y dañada interminablemente por las fuerzas oscuras del mal. Como ha sido señalado, su imagen comprendía facetas diversas: madre amorosa de sus descamisados, esposa que proclamaba su adoración y su fidelidad incondicional al

Líder, podía ser también la militante que superaba a Perón en el fanatismo y las exaltaciones de lenguaje contra los enemigos: la oposición que, por su sola existencia, en tanto mostraba que algo quedaba fuera de esa síntesis bicorporal, venía a desmentir el efectivo cumplimiento de la totalidad unificada que la pareja Perón-Evita pretendía encarnar. Como sea, la Santa (en el amor al pueblo) y la Guerrera de la Fe (en el odio primario a los enemigos “desincorporados” de la unificación peronista) se reunían en la raíz común, “integrista” podría decirse, de una mística de la entrega, un fervor originario y personal que era el ingrediente que desde la figura de Eva Perón investía acciones y discursos.

En esas circunstancias, la enfermedad y la muerte que la arrebatában brutalmente de la escena venían a completar el mito con su aureola trágica al mismo tiempo que lo cerraban sobre una completud y una perfección que ya casi no debía nada al General Perón. Si la Evita mortal había sido, previsiblemente, sometida en sus aspiraciones políticas a la vicepresidencia, la Evita transfigurada y eternizada en un cuerpo incorruptible quedaba colocada más allá de la derrota que, en todo caso, sólo podía golpear a Perón. Producida efectivamente la caída del régimen, ese cuerpo-emblema que debía celebrar la eternidad del poder del Líder se vuelve contra él revelando las debilidades de un militar sin atributos que estaba lejos de las figuras del mito: ni Santo ni Guerrero.

Después de la caída, diversas interpretaciones, a posteriori, coinciden en atribuir a la muerte de Eva Perón el carácter de una afrenta definitiva al poder del régimen, la antesala de una derrota que se había revelado inevitable. Y la profecía que retorna desde los hechos ya producidos para anunciarlos como ya escritos en el pasado descubre la verdad conveniente al mito: Perón sin Evita —lo dice Marie Langer— era “un ídolo con pies de barro”. Obviamente (no digo nada que no sea sabido) el análisis histórico de las condiciones económicas y políticas de la caída de Perón revela razones que no dependían de esa muerte. Pero, en la conjunción, en todo caso, entre la pérdida real (la de 1952) y sus efectos, y la derrota de 1955 que retorna sobre las representaciones de aquella muerte, el mito alcanza su eficacia inalterable: si Evita era el alma y el nervio de ese cuerpo social y político, los fantasmas mezclados de la unificación y la fragmentación quedan encarnados en ese pobre cadáver, sometido a toda clase de operaciones y maniobras en el mundo de los vivos, en un tránsito al sepulcro que duró casi veinticinco años.

V

Finalmente, al rehacer las peripecias de ese cadáver desde la escena pública de la muerte y las exequias hasta su reposo en la Recoleta, algo se impone: el cuerpo de Eva Perón nunca fue llevado y acompañado a su última morada por su pueblo. No lo fue, en un *primer tiempo*, en los años restantes del primer peronismo, durante los cuales permaneció como “en suspenso” entre los vivos, un cuerpo incorruptible en una caja de cristal, en una sala de la casa de los trabajadores. Y las extensas exequias dejaron interrumpido un trabajo de duelo que tiene como uno de sus componentes fundamentales el desprendimiento y la separación de los restos mortales respecto del mundo de los sobrevivientes. La renegación de la muerte por el embalsamamiento quedaba reforzada por esa “presencia” que no terminaba de completar su tránsito al espacio material y simbólico de los muertos. Conservada en su juventud, como una Princesa dormida, y en esa condición definitivamente incorruptible, el cadáver se transmutaba en una presencia viva casi real. El resto mortal se convertía así en sostén material de un fantasma de negación de la muerte. No es difícil ver allí desplegarse tópicos enteros de la mitología cristiana sobre la incorruptibilidad de algunos santos y sobre la ascensión de María que, en el mito evangélico, literalmente, nunca murió. En todo caso, las condiciones posibles de un culto a Evita no eran compatibles con la incorporación sin más a la liturgia católica, más allá de los intentos que se hicieron en ese sentido. Pero en el nudo de representaciones de ese cuerpo elegido, la mística de la santidad se transforma fácilmente en una cualidad profundamente demoníaca se superpone el erotismo con la locura y el crimen. La belleza del cuerpo despierta pasiones irrefrenables y arrastra a los hombres a la perdición y la muerte: la Santa convive con la criatura infernal.

El *segundo tiempo* es el capítulo de la sustracción y la leyenda siniestra del cadáver. En esa saga de vejaciones y venganzas maléficas, incluida la aureola de perversión y locura y maldición recaída sobre quienes se relacionaron con él, los enemigos de Evita “invistieron” su cuerpo, tanto o más que sus fieles en el tiempo anterior, de los poderes que las creencias primitivas atribuyen a los muertos cuando retornan al mundo de los vivos. Posteriormente, en la cripta de Olivos y conviviendo con el General y su nueva esposa, el cuerpo queda nuevamente “en espera” (primero sola, luego en compañía de los restos mortales de Perón) de un tránsito a la tumba que, por segun-

da vez, va a ser resuelto mediante una imposición violenta, esta vez debida a la intervención de la última dictadura. ¿Hace faltar decir que un hilo de sentido comunica los ritos misteriosos que rodean al cadáver y el comportamiento insensato del Coronel Moore Koenig y algún otro, con las ceremonias esotéricas de López Rega e Isabel Perón junto a ese cuerpo sobreinvestido de poderes y de anhelos? Desde la escena original de la muerte y las honras que, al mismo tiempo, repudiaban esa pérdida, puede pensarse que un destino acechaba a ese resto humano. No quiero situar en ese primer acontecimiento un origen ineluctable de lo que vino después: es claro que otros desenlaces fueron posibles. Pero en todo caso, la leyenda del cadáver de Evita adquiere otra luz si se atiende a ese trasfondo siniestro sostenido en una suerte de transgresión soportada colectivamente.

La significación de lo “siniestro” corresponde a un complejo de sentido en el que predominan la ambigüedad y la confusión. Uno de los sentidos de lo siniestro (lo aterrador) corresponde a lo que siendo por mucho tiempo familiar (doméstico, íntimo y entrañable) se reviste de las cualidades, enteramente novedosas, de lo incierto, lúgubre y amenazante. En el tratamiento que Freud hace del tema, una experiencia característica que despierta la significación de lo siniestro es la del contacto con entes en los que se confunden rasgos vivientes con otros que serían propios de las cosas inanimadas (como los autómatas) o la interacción con seres vivos que al mismo tiempo y ambiguamente están revestidos de los atributos de la muerte. Los cadáveres son siniestros, y el “tabú de los muertos”, diría el viejo maestro de Viena, no se transgrede impunemente. Allí está, para denostarlo, el cuerpo de Lenin, en medio de la tormenta de un debate sobre su destino final, en el que las razones ideológicas se confunden con las primitivas representaciones animistas sobre los poderes de los muertos. En efecto, el anuncio de un referéndum para decidir si los restos del líder soviético deben ser sepultados (como era su deseo, por otra parte) ha reavivado el miedo originario a las potencias, siempre maléficas, de los espectros. Para unos, de ese cuerpo emanan “flujos satánicos” que serían responsables de todos los males que han caído sobre Rusia; para otros, es la idea misma de moverlo y alterar su inmovible reinado lo que puede acarrear males imprevisibles³.

3 Ver “Rusia no sabe qué hacer con el cuerpo de Lenin”, *La Nación*, 7 de junio de 1997.

Los golpes de la historia nos han ahorrado en este caso una situación semejante con el cuerpo exhibido y monumentalizado de Eva Perón. Y las cualidades misteriosas del cadáver parecen haber cesado desde que encontró un lugar de reposo entre las tumbas de la Recoleta. Ahora bien, es un hecho que ese desenlace necesario, demorado por más de dos décadas, vino a ser cumplido por una imposición nacida de la más extrema ilegalidad y llevada a cabo por la peor dictadura sufrida por los argentinos. Con seguridad, no fue la mejor solución, en la medida en que no nació de una acción legítima ni tuvo el acompañamiento de la sociedad. Pero, en todo caso, si fueron ésas las condiciones del “corte” que vino a cerrar este itinerario ominoso, algo revelan de la sociedad que lo engendró. El triste destino de ese cadáver, entonces, debería ser situado más allá de cualquier recaída en la exaltación animista de un culto primitivo, en el horizonte de una interrogación sobre la muerte y la política como una dimensión propiamente trágica de la Argentina contemporánea.